



PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO

LITERARIO, HUMORISTICO, JOCO-SERIO Y DE RECREO

TIENE EDITOR RESPONSABLE

CALLE OLIMAR N° 11

SUSCRIPCION

Por un mes	\$ 0.50
Por 3 meses	1.50
Por 6 meses	2.20
Por 1 año	4.00
Número suelto	0.15

Director y Redactor en Jefe—
Pedro Rodriguez.
Redactor literario y colaborador
artístico—Federico Renom.
Redactor—Benjamin de la Hanty.
Administrador—José Ameguin.

entusiasmado con una gallega de
raza, es decir pour sang, de aque-
llas que dicen justa, en vez de gue-
sto, jello en lugar de gallo y
pare Vd. de contar.

Inútil es decir que para nuestro
cronista, fué conquista hecha.

Quién sabe qué de cosas no le
diría nuestro héroe á su dama, al
oído se entiende, de manera que
esta sonrisa continua y maliciosa-

miente!

De repente la oímos exclamar
en un tono de voz más alto diri-
giéndose á su galan:

—Caballero, le dije á Vd. que
sí, pero no sea Vd. carajo.

No sabemos de lo que se trata-
ría ni quisimos averiguarlo, pero
como quiera que sea, nos compla-
cemos en felicitar al susodicho cro-
nista, deseándole una eterna luna
de ... miel ...

Los piropos entre jóvenes de
ambos sexos, las pullas á alguna
vieja presumida, las sátiras y chus-
cas á algún adorador de Baco,
estaban á la orden del día.

Encontrándome en uno de los
puntos en que había mayor núme-
ro de concurrentes, acertó á pasar
una vieja que era un carnaval vivo
desde la cabeza hasta los pies.
Aquí fué la ocasión que aprove-
charon algunos mal entretendidos
para zaherir y ridiculizar á la po-
bre señora.

—Mira ché, el pelo es postizo—
decía uno.

—Y los dientes y los colores—
repetía otro.

—Se ha anticipado el carnaval
exclamaba el de más allá.

—Sácale el molde—ahullaba otro
tirándole de las cintas del pollón.

Y á estos dichos sucedían estro-
pitosas carcajadas, que amenaza-
ban no concluir.

Figúrese el lector, el estado de
la presuntuosa señora y lo que
diría allá para su capote.

También es verdad que hay
tipos! ...

—Señorita, no me obsequia Vd.
con un matecito?

—¡Salga Vd. insolente, atrevido!

—Atrevido me llamaste.

Por que llegué á tu ventana

Atrevidos son aquellos

Que llegan hasta tu... .

—¡Ole! ¡Ole! lucero! ¡no quiere
Vd. que la acompañe?

—Mil gracias caballero.

—Luego me despicia Vd.

—No tal; pero son tantos los
que se me han ofrecido, que si le
aceptara á Vd., se resentirían los
otros.

—No se cuide Vd. de ellos y
haga conmigo una excepción.

—¡Imposible!

—Pero lucero.....

—No sea Vd. impertinente que
la gente nos mira y puede verle
mi mamá.

—Pues, entonces, si tienes ma-
má, vete á un cuerno.



Tte CORONEL Dn ANTONIO GINORIS
Jefe de la Fortaleza Gral Artigas en el Cerro

...y yo hoy hago misas esas palabras, diciendo también, fui vi y enci.
—Y saben vds. á quién?

—A un hijo de la tierra de María Santísima tan majó y chulo como
guapo.

Era un matón en toda la extensión de la palabra.

Segula el andaluz detrás de mí llevando del brazo una jembra

(Ay Perico) capaz de dar una desazon al mismo Mattera.

Ufano marchaba el chulo con su prenda, habiendo varias veces
estorbádole el paso, cuando en una de estas ocasiones, sentí que me
golpeaban no muy suavemente el hombro.

Dí vuelta y me encontré cara á cara con el andaluz, que la to-
ma de pocos amigos, quien me dijo:

—Deja osté cancha ó lo doy el pase.

—Amigo, contesté, el camino es para todos; conque así tenga
Vd. paciencia y aguante como yo.

—Mie osté, replicó mi contrincante revolviendo furioso los ojos,
si no dás paso libre, le endozo tal mojicón que vás osté á dar con
la cabera en el campanario de la Matriz.

Aquí fué Troya. No sé lo que pasó después; lo cierto es que
cuando pude darme cuenta de mi situación, estaba sano y salvo
en el prado y el terrible andaluz había desaparecido.

Poco rato después entrábamos en la carpa de la sociedad Ca-
talana, una de las que más brillo ha dado á la fiesta, y donde se
baileaba al estilo del país, para lo cual contaba la sociedad con
una buena banda de música.

Allá á un costado de la carpa se perdían en rápidos giros una
treintena de parejas, levantando una polvareda insufrible.

De repente ¡Dios santo! divisamos entre las parejas ballarinas,
un cronista muy conocido, de un diario local, dansando alegre y



Olé ! que
Que siga
Que la far
Está toda



el jaleo
ahola,
española
reo.

Y basta ya de cuentos, diálogos e historias que dice el refrán: «para muestra basta un botón.»

A la tarde salimos con los amigos del prado, después de haber andado perdidos entre la numerosa concurrencia, como pájaros sin nido, y ginetes en nuestros buenos pingos, nos encaminamos hacia Montevideo.

Tomamos camino del Reducto y al pasar por frente á la quinta que habita Monseñor Mattera, nuestro administrador, que se presta de buen gine y quizá enseñarnos su habilidad en la equitación, sufrió un tremendo *porrazo* que le dejó desconcertado y sin voluntad de volver á montar á caballo.

Felizmente no pasó del golpe y el susto consiguiente y hoy está sano y bueno, con disposición de volver nuevamente y con más brios á montar.

Y aquí me tienen Vds. á mí, trasladando al papel mis impresiones, rendido y somnoliento por lo que apaga la vela, corro las cortinas y *velis nobis* hasta el domingo que viene.

LAS DOS CAÑONERAS

Dice nuestro apreciable colega *El Partido Colorado*:

«Transcribimos complacidos tres párrafos del discurso de nuestro Ministro en Francia al botarse al mar en el arsenal de Trieste la cañonera «General Artigas», párrafos en que refiriéndose á la construcción de la «General Rivera» se ponen de relieve los adelantos de nuestra Escuela de Artes y Oficios, á que llama el coronel Díaz con justicia, establecimiento sin rival en las Repúblicas Americanas.»

Habla nuestro Ministro Plenipotenciario:

«Nuestra Escuela de Artes y Oficios, esa institución nacional tan beneficiosa, que en los albores de su existencia ha merecido ya el aplauso y los elogios de hombres eminentísimos como el General Sarmiento y otros; nuestra Escuela de Artes y Oficios, ese establecimiento sin rival y único en su género en las Repúblicas Americanas, acaba de producir un vaporcito semejante á éste, y que lleva por nombre el de un guerrero tan valiente como abnegado, el General Rivera.»

«Cuando de cerca comparemos ambos buques tenemos ocasión de convencernos de que si el «General Artigas» salido del justamente acreditado establecimiento Técnico Triestino, nada deja que desechar por la solidez de su construcción, la «General Rivera» le supera por la elegancia y finura de sus detalles, sin que por eso se haya sacrificado lo útil á lo bonito.»

«El resultado de esta comparación, sin herir la más delicada susceptibilidad, será un augurio feliz para nosotros, permitiéndonos que en época no lejana, podremos pedir á nuestra propia industria, lo que hoy tenemos que solicitar de la extranjera.»

Felicitamos sinceramente á nuestro amigo el comandante Belinzón por el justo renombre que lleva hasta el viejo mundo el establecimiento modelo que dirige, honrando nuestro país.»

CRONICA SEMANAL

PASQUIN—Incidentalmente llegó á nuestras manos un número del pasquín callejero *La Cotorrita*, que circula los domingos en esta ciudad y cuyos redactores ignoramos quienes sean.

Por el pronto, diremos que los *escribidores* de tal *periodicucho* carecen de vergüenza y debía colocárseles un bozal, y atarseles á pastear en un pesebre.

En el número á que nos referimos y en la sección marítima, tratan estos jóvenes *modelos* de ridiculizar á cinco señoritas de esta capital, dignas de respeto tanto por sus familias y posición, cuanto por sus virtudes y talento.

Francamente que es algo que no se comprende, que en una ciudad tan ilustrada como la nuestra se permitan periódicos que se ocupan en zaherir nuestras más distinguidas jóvenes del bello sexo, llegándose á ensañar en ellas hasta el insulto.

Y menos se comprende aún que haya tipos tan miserables que se propongan insultar, aunque indirectamente á un ser débil como es la mujer y todavía por medio de la publicidad.

Seguramente que no lo harían si se tratara de un igual á ellos.

La condición de la bajeza, tras de insultadores, cobardes.

Nos ocuparemos con más detención sobre este asunto y pedimos disculpa á nuestros lectores si algo indignados por este hecho, hemos usado un lenguaje fuerte, más aún de lo necesario, y que no estamos acostumbrados á usar.

RECETA IMPORTANTE.—Un conocido me diconos acaba de remitir una carta de la cual extractamos los siguientes párrafos por creerlos de interés público:

«Por si es que Vd. publica la presente, señor *Bromista*, voy á darle un consejo utilísimo.

«Todas aquellas personas que padecieren de una enfermedad, cualquiera que ella sea, y que no les dejare conciliar el sueño, haciéndoles pasar noches en vela, les aconsejamos como remedio infalible y de afecto seguro, lean *La Tribuna Popular*, en la certidumbre de que á los pocos momentos dormirán como lirones.»

Por nuestra parte no echaremos en saco roto el consejo, recomendándolo á la vez á nuestros lectores.

UNO MENOS!—Después de una larga y penosa agonía acaba de fallecer *El Diario*, órgano de los intereses del partido blanco.

¡Fobrecito! Un hermanito ménos y un dolor más de que lamentarnos.

¡Y, extraño contraste! En cambio, el cronista ratón de sacristía, autor de *Soy feliz*, está de felicitaciones pues el finado *Diario*, (Q. E. P. D.) era su pesadilla constante.

Pero en fin, acatemos los destignios de la Providencia y busquémos en la resignación el consuelo á la desgracia que nos ocasiona la pérdida del hermano querido.

¡Que la tierra le sea leve!

Los POCITOS—Hoy tendrá lugar la inauguración de los baños de los Pocitos.

Se prepara á asistir gran concurrencia, pues la fiesta se llevará á cabo con toda pompa.

Lede, el incansable Lede, dueño del Hotel de los Pocitos, después de haber hecho buena provisión de artículos y vinos delicados y exquisitos, espera á los gastrónomos para dejarles repletos y satisfechos por poco precio.

Nuestro semanario tendrá un reporter especial, que se ocupará solamente de llevar al conocimiento de nuestros lectores, las novedades que ocurrán durante los baños.

Con qué jojo al cristo!

Q.E.P.D.—Ayer de mañana, después de una corta y penosa enfermedad, dejó de existir la señora doña Micaela B. de Freire, cuñada del Diputado don Tulio Freire y madre de nuestro amigo y ex-condiscípulo Carlos Freire.

La señora de Freyre, fué siempre un modelo de virtudes y una madre tierna y cariñosa, y al bajar á la tumba deja un hondo vacío en su familia y paga el obligado tributo á la inmutable naturaleza.

Su muerte será sentida por todos los que tenían la dicha de conocerla.

Enviamos nuestro más sentido pésame á la familia Freyre, deseándole resignación y consuelo en tan duro trance.

OMNIBUS

—¿En qué se parece *La Tribuna Popular* al ópío?

—En que ambos hacen dormir.

—¿Y el poeta García Santos á Yo, el autor de «cuando volví en si... ya era cadáver»!

—En que ambos son un pozo... pero no de sabiduría, sino de barbarismos.

—¿Y Doña Pascualona al don Pascualon de marras en qué se parece?

—En nada hombre; este siquiera mentía con gracia, pero aquella miente.... con desgracia.

—¿En qué se parece *El Hilo Eléctrico* á ciertos enfermos?

—En que es necesario aplicarles sendos *sinapismos* para curarlos.

—¿Y conoces algún médico que sepa aplicarlos como Dios manda?

—Yalo creo, mira, *La Nacion* es uno de los que cumplen esa misión á las mil maravillas.

TELEGRAMAS

Servicio especial para *EL BROMISTA*.

Buenos Aires, Noviembre 27.

A *La Chispa* se le pasó la chispa, habiéndole entrado fiebre perruna.

Según murmuraron malas lenguas, es todo por inspiración de Rodin, que le maneja fácilmente por su perruna docilidad.

A *La Garra*, por lo visto, se le han perdido las pezuñas, pues no hace presa ni le he visto la cara hace tiempo.

D. Quijote luce en el carrillo derecho un bajo relieve figurando el pie de Wilde.

Aseguran ser una maldición de Aneiros.

Buenos Aires, Noviembre 28.

Transitando ayer *Tres Batatas* por calle Victoria llevóse por delante, con la nariz, un tram-vía, sacándolo fuera de vía y ocasionando pérdidas de consideración.

No hubo desgracias personales.

Empezó funcionar bombo Sanson Carrasco.

Corresponds.

LA PIEDRA DE TOQUE

ESCIENAS DE LA VIDA

(Continuación)

de regalos que su esposo le había hecho y que probaban no solo el delicado gusto que el tenía, sino el cariño que la profesaba.

Esta ocupación entretuvo á las mujeres más de una hora, durante la cual, Angel no sabía como desprendérse del endiablado sordo.

Por fin, volvieron aquellas y algunos momentos después Tomás sué á anunciarles que la sopa estaba en la mesa.

—Santa palabra! — exclamó Angel, más que por el apetito que sintió, por deshacerse del impertinente suegro.

Como era natural, se colocaron los dos matrimonios juntos, ocupando cada uno un frente de la mesa y quedando libres los dos extremos de ella.

Mientras se sirvió la sopa, apenas hubo quien rompiera el silencio; después preguntó doña Antonia.

— ¿Y aquel amigo que presentaste ayer?

— Marcos?

— Ese... Me gusta mucho su conversación.

Procura no perder su amistad.

— Seguiré el consejo, querida mamá suegra.

— En cambio, me fastidio horriblemente aquél otro tan soz... —

— ¿Quién? Venancio?

— ¡Hasta el nombre es feo!

— Venancio! Venancio! ¡Yo no sé cómo hay hombres que se llamen así!

— ¿Qué culpa tiene él de que le hayan bautizado de esa manera?

— Pues, hijo, ¿qué quieres? A mí ese nombre de Venancio hasta me parecería de mal agüero. Si viene, te encargo que le dasculies.

— Pero, mamá, — dijo Rosa, tomando parte por primera vez en la conversación, — ¿dónde quires que en el caso de que nos visite mi esposo un desaire.

— Todo está reducido, — contestó doña Antonia, — A no dirigirle otras palabras que las precisas, y al fin se cansará de no hablar más que con las paredes.

Dice un refrán que «en nombrando al rey de Roma, pronto asoma», y así se verificó.

Tomás anuncio á don Venancio, y Rosa, antes de que su madre tuviera ocasión de interponer su veto, dijo al criado que le hiciera pasar.

El recién viudo apareció en el comedor momentos después.

Angel se levantó del asiento.

— No incomoden Vds. por mí — se apresuró á decir Venancio.

— ¿Qué has comido? — preguntó Angel.

— Todavía no.

— Pues ya es hora, — se aventuró á contestar doña Antonia, dirigiendo al propio tiempo á su yerno una mirada significativa.

Venancio sin apercibirse de ella, continuó.

— No tenía mucho apetito, pero una vez que ustedes se empeñan, me sentiré.

Y trató de acercar su silla á la mesa.

Pero Angel, á un gesto imperioso de su suegra, le detuvo en mitad del camino, y colocando la silla á respetable distancia de la mesa, le dijo:

— Aquí estarás mejor.

Don Homobono remachó el clavo, balbuceando mientras comía:

— ¡Qué diablo! ¡No sean ustedes impertinentes! Cuando el señor no quiere sentarse á la mesa, es que no tendrá apetito.

Y ya en el uso de la palabra, prosiguió, dirigiéndose a Venancio:

— ¿Qué tal va de salud, amigo mío?

— No muy bien, tengo un dolor que me opriime la frente...

— Con que perfectamente!

Vaya, pues, me alegro.

Rosa se creyo en el caso de intervenir, diciendo:

— Debe V. cuidarse y yo se lo aconsejo; la salud de los buenos amigos no interesa mucho.

La encantadora niña estaba llamada á ser el ángel bueno de la casa.

Pero á la impertinente madre debía aconsejarle Satanás. Antes de que Venancio tuviera tiempo de dar las gracias a Rosa por su delicado interés, doña Antonia exclamó:

— La tarde está muy buena y un paseo por el Prado estoy segura de que le aliviaria mucho.

Venancio sintió el dardo que le penetraba hasta el corazón.

— ¡El, que había considerado tantas veces á Angel como un individuo de su familia, era tan desdenosamente recibido en la casa de este!

Tomó el sombrero, y saludando ceremoniosamente á todos, salió exclamando para sí:

— ¡Nunca hubiera esperado semejante ingratitud!

Apenas desaparecio, dijo la vieja:

— ¡Jesús! ¡Qué hombre tan antipático!

— Dices bien, es muy simpático, — contestó don Homobono.

Rosa, con el buen sentido que la distinguía, iba a permitirse aconsejar á su madre que dejara en libertad á Angel de recibir en su casa á las personas cuyo trato le agradase, cuando se presentó una visita.

Era D. Marcos, que desde dentro venia exclamando:

— Yo soy de confianza, no es preciso anunciararme,

— ¡Adelante! — gritó D. Marcos.

— ¡Buenas tardes, señores! — dijo Marcos, entrando en el comedor y saludando con el desembarazo tan común en él — ¡Buenas tardes! Pasaba por la plazuela de Anton Martin y no he querido perder la ocasión de saludar á ustedes.

— ¡Un cubierto, Tomás, ¡Un cubierto para este caballero! — gritó la vieja.

— No se molesten ustedes; Si acabo de comer con Leon, un primo de mi mujer, que es comandante de cazadores.

— Invítale a que coma con nosotros, dijo el sordo á su mujer.

— Y cuando vamos á tener el gusto de conocer á su esposa añadió D. Marcos. — ¡Sí, hacer caso de su marido.

— Cuando ustedes quieran,